

Viajes en el recuerdo

(Dibujos de Julio Cano Lasso)

Diego Cano Pintos

“Procuro no salir de casa” solía decir. Le entristecía el implacable y brutal crecimiento de las ciudades históricas, el ultraje y desmesura en pueblos y paisajes.

Casi siempre era una necesidad la que motivaba el viaje y se contaba, normalmente, con la ventaja de no viajar en fines de semana. Solían ser distancias más bien cortas lo que obligaba o tal vez permitía hacerlo en coche. Nunca manejaba el volante pero siempre era él quien conducía con un mapa de carreteras sobre sus rodillas.

Eran viajes de dos; él con uno de nosotros. Se visitaba una pequeña obra o el lugar para un concurso. A veces formaba parte de algún jurado y también le acompañábamos.

Había que madrugar. Muchas horas del día aguardaban.

Ya en camino, deseaba abandonar, lo antes posible, los peajes y las autopistas con pavimento constante por encima de vallas y torcales. Huíamos de la tensión de los tres carriles adentrándonos en estrechas carreteras comarcales, poco transitadas, algunas con buen firme y todas con bellas márgenes: territorios sin límite, infinitos, planos como la palma de la mano; el limpio azul rasgado por el vuelo tenso de una graja; la sorpresa de algún repentino valle, umbrío, que me viene al recuerdo, a veces frondoso de un verde tierno, o con las varas de los álamos finas y esbeltas, plateadas como sables, yertas en invierno. ¿Será de aquí o de allá este valle?, ¿de qué viaje?, ¿de qué recuerdo?.

Lo cierto es que cualquier salida se dilataba con jugo cogiendo desvío para pasar por pueblos, atraídos simplemente por su hermoso nombre y comprobando que de ellos sólo queda eso y a veces la magnífica torre de piedra de la iglesia. “Uno de tantos pueblos cuyo retorno al silencio y al polvo no puede contenerse”...

¿Que el viaje era a Valladolid? ¡Qué magnífica ocasión para ir a Coca!, tierra del Emperador de los Romanos. Así reza la inscripción: “Flavio Teodosio El Grande, nació en Coca en 345, murió en Milán en 395, Gran Militar, Buen Cristiano, Sabio, Justo Legislador”. Lo anota en su cuaderno de dibujo y hace unos apuntes resbalando por la suavidad y los pliegues de los potentes muros de ladrillo; los muros de contención del Castillo. Cerca están los tejares de Nava de la Asunción.

Atravesamos el valle del Eresma y nos plantamos

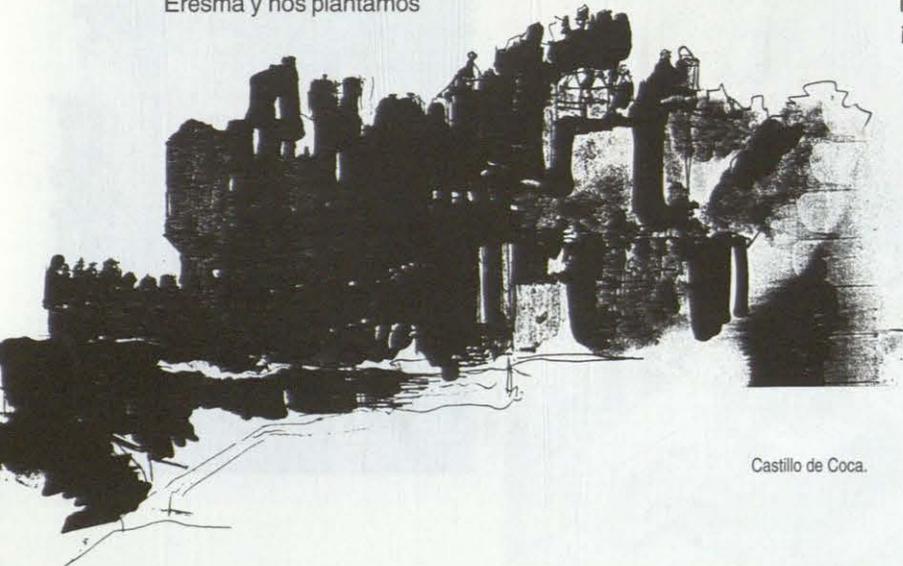
en Iscar. En lo más alto está el castillo. Quiere subir para tener cerca la bella ruina de la torre rasgada.

Echa sus cálculos y ve que hasta allí el recorrido se ha alargado en 49 kilómetros.

¿Que había que ir a Salamanca? “En lugar de ir por Ávila o Sanchidrián vamos por Arévalo, hay mucho que ver y luego pilla de paso Madrigal, la del contorno redondo y las Altas Torres. Así la representó Francisco Coello, con su muralla rotundamente circular, y así debe idealizarse su traza cartográfica”

Y ¡Salamanca!, la del Tormes, ciudad dorada. Toma apuntes tratando de fundir y olvidar nuevas construcciones y pone empeño en destacar el verdor de las márgenes y arboledas del caudaloso río. Aguas abajo giramos Peña Celestina; es la vaguada de La Palma, que penetra casi hasta los pies de la Clerecía. Desde allí, más apuntes, más escorzos, desde posiciones más bajas, más altas, más lejanas,... el paisaje, panorámicas idealizadas, utopías... dibujos del natural realizados con distintas técnicas; “manchas de tinta, toques de lápiz blando o de pincel, muy sucintos, buscando lo esencial. Otros son rasguños, nombre muy expresivo que no debería perderse; son dibujos muy rápidos a pluma, en los que se percibe el rasguear del trazo. También hay dibujos más elaborados”. Y después de horas y horas en el tablero, identificando, trazando, elaborando y meditando acerca del destino de nuestros pueblos y ciudades. En la fachada de Madrid, estos estudios, con bellos bocetos preparatorios, se remontan a muchos siglos y se analizan dibujos de Hoffnaeger, Wyngaerde, Texeira... y los cuadros de Goya; ello da como resultado una serie de panorámicas, que se inician en el Madrid musulmán, recorren las cortes de las distintas monarquías y concluyen con la propuesta monumental y utópica de Madrid; “el Madrid que podría haber sido...”

¿Que el viaje era a Soria? Me anticipa: “Paramos en Medinaceli y nos desviamos en Almazán para contemplar el espectáculo del Castillo de Gormaz, el Castillo cordillera. El paso del tiempo ha ido fundiendo arquitectura y naturaleza en el mismo color y materia; al fin y al cabo la misma piedra y la misma arcilla. Así, es difícil distinguir lo natural de la obra de los hombres”. Así lo hacemos. ¡Merece la pena! Por la hora del día, las sombras son duras y contrastadas; y, a cada momento que avanzamos, su larga silueta, roída y erosionada, cambia y se vuelve más dramática y contundente.

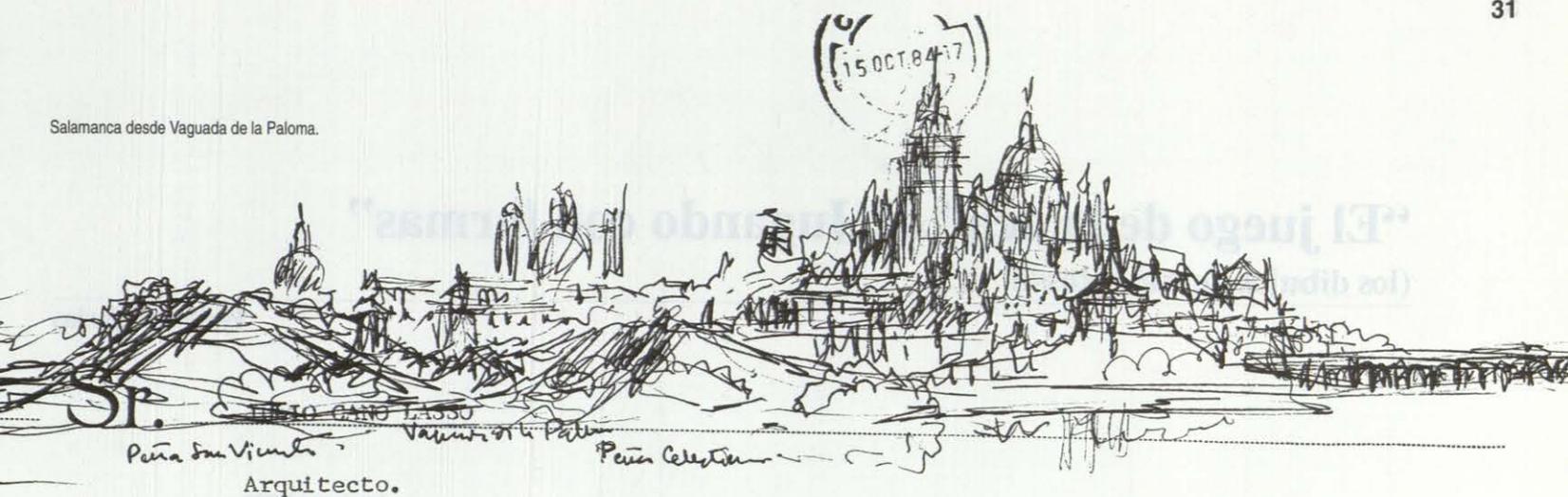


Castillo de Coca.



Toledo: apunte desde saliente.

Salamanca desde Vaguada de la Paloma.



En Burgo de Osma recorreremos la grandiosa Catedral. Villanueva rodea su girola con la capilla circular del Venerable Palafox y la Sacristía en un complejo ejercicio de auténtica maestría.

Hasta allí, el recorrido en exceso es de 51 kilómetros.

Llegamos a Soria pasando por Calatañazor y revivimos el paisaje y los ecos del valle por donde cabalgó derrotado el Rey Moro...

En otro viaje a Soria, la parada fue Sigüenza. Tenía mucho interés en volver a ver la estatua yacente del Doncel; "cómo a través de la piedra puede expresarse el alma en una serena meditación de la muerte"...

Atravesando Sierra Ministra llegamos al valle de Torralba, tierra de mamuts. ¡Lástima!, es lunes y nos encontramos el museo, un caserón sin gracia, cerrado. "Hemos de volver de nuevo". Hasta Medinaceli hay 5 kilómetros.

Lerma, Covarrubias, San Pedro de Arlanza, Salas de los Infantes, Santo Domingo de Silos y la meseta de Carazo...

La ciudad y su paisaje... hermosos textos, bellos dibujos.

Segovia y Ávila...

Cuéllar, Pedraza, Sepúlveda y Riaza...

Salamanca, Ciudad Rodrigo, Turégano...

Atienza, Gascuña de Bornoba, Robledal de Corpes... Jadraque.

Santiago ¡aquellos grandes muros de piedra! rodeados de prados, robledos y huertas...

Cuenca... Numancia.

Mérida, Trujillo y Cáceres...

Cada ciudad tiene su color. Cada cual, su bello nombre; como cantó el poeta, son nombres de cuerpo entero... El tuétano intraducible de nuestra lengua española".

Navalcarnero, Camarena, Ocaña y Toledo... Toledo y el Cigarral.

¡Toledo!... Frecuentado y dibujado desde muy diversos encuadres "reviviendo el interés por el paisaje que ha de empezar reflejándose en el dibujo: sombras de acantilados, brillo de las aguas, verdor de las huertas y alamedas; el plata de los olivares, el oro de los rastrojos y el bronce de las encinas; los pardos y los rojos de las tierras de labor recién aradas..."

"Dibujado desde donde El Greco lo vio bajo un celaje anubarrado y colocando la aguja de la Catedral en un lugar en el que no puede ser vista".

Toledo, rico en matices; Pozo Amargo, grieta hendida.

"Ocre, dorado, plomo, gris acerado... gama cárdena o terrosa según la luz".

El Tajo resuena en una hoz profunda... "Sonidos lejanos y antiguos, cautivos... En el fragor confuso y recurrente

parecen distinguirse a veces gritos, ladridos, rodar de carros, tañidos de campanas..., sonidos que parecen venir de tiempos lejanos".

"...las sombras avanzaban por el valle; finalmente, sólo en algunas cimas brillaba la luz del sol de poniente. El cielo de Abril tomó un tinte violeta, el agua se puso negra, con brillos de azogue, y, lentamente, se fueron encendiendo las primeras luces".

"Puede aprenderse tanto al recorrer pueblos y barrios antiguos, dibujándolos, viendo la soltura, naturalidad y maestría con que se resuelven problemas muy difíciles; plazuelas con fuerte pendiente a las que acometen calles a distintos niveles, generalmente resueltas con increíble sencillez mediante superficies alabeadas. La naturalidad y elegancia con que se resuelven siempre funcionalmente los problemas haciendo fácil lo difícil. ¡Qué bellas escaleras, pretilos, lonjas, gradas... hay en nuestras viejas ciudades. ¡Qué rica tradición de diseño urbano! ¡Cuánta enseñanza desaprovechada!

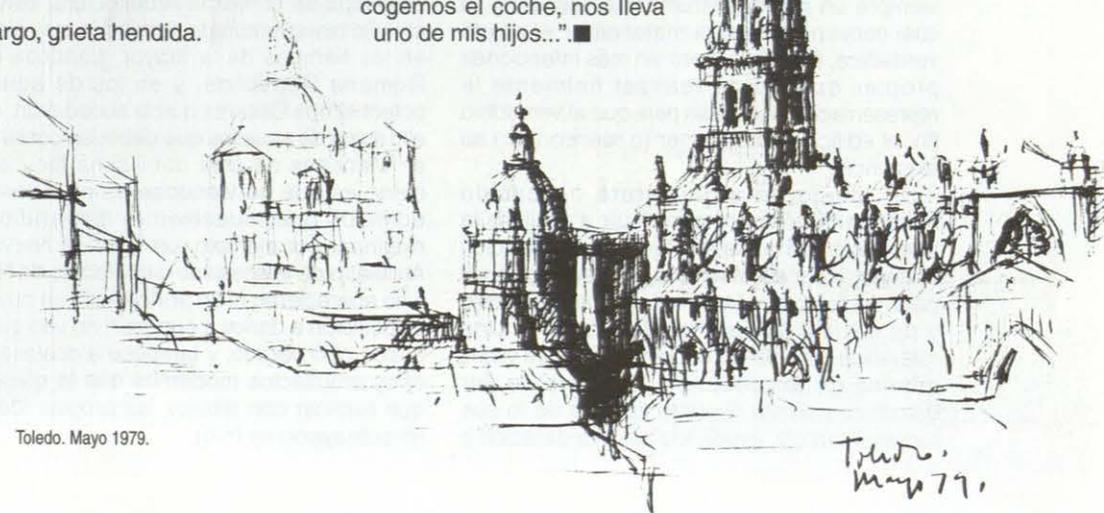
De niños nos animaba a pintar. Solían ser dibujos a la cera: caballos, gatos erizados, arlequines, qué sé yo...

La primera vez que "salí" a dibujar con mi padre fue en el año 70. Por las calles de Madrid, un día frío aunque soleado de Diciembre. Lo recuerdo como si fuese hoy. Permanecí junto a él viendo cómo realizaba uno de sus más bellos dibujos, de trazo ágil, violento y vigoroso. No tardó más de tres o cuatro minutos, incluyendo el restregón de la aguada, en el lugar adecuado, para ofrecerlo en toda su potencia volumétrica de luces y sombras. Era la iglesia de San Andrés; en su opinión, la más bella de Madrid.

Luego, fuimos a la plaza Mayor. Dibujamos la estatua ecuestre de Felipe III. Se quedaban las manos frías y también los pies. Concentrado, dibujé un caballo pesado, sólido... Sólo desvió mi atención el vuelo de una paloma blanca anillada en cárdeno...

Desde entonces, muchas salidas, dilatadas, provechosas...

Había una ya casi preparada, a Tarazona, con su entrañable amigo Fernando Chueca. "Sí, de acuerdo, cogemos el coche, nos lleva uno de mis hijos..." ■



Toledo. Mayo 1979.